



No recordamos su nombre

Alejandra Q. Pérez
palejandra366@gmail.com
(Guadalajara, Jalisco, México)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

—No me gusta hablar de eso —el tono frío que Ángel utilizó en aquella respuesta me sorprendió, pero comprendí enseguida el motivo detrás de tales palabras.

Es común para los dos toparnos de vez en cuando en la parada del camión -yo llegando de la universidad y él saliendo a su trabajo-, y si el tiempo lo permite, conversar un poco.

Ese día en especial iba con la idea de aprovechar el encuentro para preguntarle sobre el tema que quería usar en mi siguiente crónica. Según las indicaciones de la profesora, se suponía que debía entrevistar a alguien que haya vivido los hechos, pero, al tratarse de un asesinato ocurrido hace ya diez años atrás, sería complicado hacer una entrevista formal.

La tragedia en cuestión ocurrió en la que por aquel entonces era mi secundaria. ¿La víctima?, un compañero de tercer año; ¿El culpable?, un padre furioso que buscaba venganza... al menos esa es la versión que mi generación parece haber aceptado, como un acuerdo tácito para hacer el recuerdo menos doloroso.

La idea de la muerte se mostraba ajena a nosotros, niños de 12 años que recién entraban en una nueva etapa de la vida, en donde desconocíamos la cruel realidad que nos rodeaba.

Como si de una poética ironía se tratase, durante las clases nos habían pedido esforzarnos en los estudios para conseguir un buen futuro. Toda la palabrería barata se fue al caño cuando, horas después de relatarnos un maravilloso mañana que vendría mágicamente si obteníamos una calificación perfecta, justo a la entrada de la escuela, le era arrebatada la vida a un alumno ejemplar. Así, sin pena ni consideraciones. Delante de alumnos, padres de familia y transeúntes casuales. El hombre no dudó en clavarle un cuchillo en el pecho, a centímetros del corazón.

—No quiero detalles. Sólo... algo. Lo que sea. Yo ya me había ido a casa cuando sucedió.



Ángel me miró pensativo. No quería presionarlo, pero después de graduarnos había cortado cualquier lazo con las personas que fueron mis compañeros. Era casi un milagro que volviera a entablar conversación con uno de ellos.

—Es que yo tampoco vi mucho. Estaba recargado en la baranda del canal, podía ver el cancel de la secundaria, pero tú sabes que siempre había grupitos de vatos y chavas platicando, entonces no vi cuándo pasó. Sólo recuerdo escuchar gritos y ver pasar corriendo al tipo con el cuchillo ensangrentado, como esas pelis de terror clásicas. De ahí todo fue un pinche desmadre.

Eso sí lo recordaba, el ‘desmadre’ que vino después. Los gritos, y los posteriores sonidos de sirenas, eran audibles desde mi casa, ubicada a unas pocas cuadras de la escuela. Recuerdo que cuando los primeros gritos se escucharon, llegué a creer que era otra pelea, uno de esos ‘tiritos’ que siempre se daban a la hora de salida, aprovechando la oscuridad de la noche.

—Pregúntale al Mane, creo que ese wey pudo ver más que yo. ¿Tienes su número? —saqué mi celular y revisé mi lista de contactos. Sí, todavía conservaba el último número que me dio, cuando por navidad nos encontramos en el supermercado.

Tras despedirnos, caminé a mi casa mientras redactaba el mensaje. Pasada una hora, llegaba a mi celular la contestación que menos quería recibir.

<No me gusta hablar de eso>

Leer aquel mensaje me desilusionó. De nuevo, me vi obligada a aclarar que no quería detalles, sólo algo, lo que fuera, que me diera un poco de material para escribir mi crónica. Después de un rato de conversación entendí porque el miedo a hablar del tema.

<Yo vi cuando lo apuñalaron. Estaba cerca de él. Vi al wey que lo mató. Neta que nunca se me va a olvidar esa pinche cara>

Mientras Manuel, Mane para los ‘compas’, esperaba a que su vecina terminara de platicar con sus amigos para irse juntos, logró ver cuando un hombre en bicicleta se acercó a la entrada, donde estaban todos los grupitos de amigos.

<Estaba rapado. Traía un pantalón lleno de mezcla y la camisa rasgada en la parte de abajo. Tenía un tatuaje de cruz en el brazo, el mismo brazo en el que traía el cuchillo>



Recuerda haber visto al sujeto acercarse al chico, tomarlo de un hombro y clavarle el cuchillo con fuerza, casi saña, para después echarse a correr, dejando atrás la bici y un mar de confusión y pánico.

<Lo demás lo olvidé. Neta no me acuerdo ni cómo llegué a mi casa. Me paniqueé, ¿sabes? Mi vecina dice que sólo la agarré de la mano y me eché a correr. Ni siquiera la lleve a su casa, llegamos los dos a la mía y mi mamá la acompañó a ella porque yo ni podía hablar. Lo que pasó al día siguiente ya te lo sabes>

Sí. Ya lo sabía. Nos obligaron a asistir y tener clases ‘normales’. Pero los profesores, igual de espantados que nosotros, no dieron ninguna clase. Se dedicaron a dejarnos hablar, a tratar de explicarnos los unos a otros qué pasó, por qué uno de nuestros compañeros de tercer año estaba muerto, por qué decían que los directivos lo habían dejado morir.

En algún punto del día hicimos moños de luto con hojas negras que cooperamos para comprar, porque la escuela no quiso darnos listones y nosotros nos sentíamos en la obligación moral de presentar respeto de alguna forma.

Las teorías siguieron surgiendo toda la semana. Que si fue culpa del chico porque debía dinero a la plaza. Que si fue porque le bajó la novia a uno de los ‘cholos’ de una banda rival a la suya. Que si fue porque embarazó a la hija del tipo y no quería hacerse responsable. Que la escuela tuvo la culpa porque no quiso ayudar a los amigos del chico, que desesperados querían meterlo a la enfermería, pero que el director les negó el acceso porque “no nos conviene que se muera adentro”.

Nadie entendía nada y realmente nadie quería entender. Lo más sencillo era creer que el chico tuvo la culpa, que él se lo buscó. Así era más fácil para todos distanciarse de la realidad.

—¿Ya ven lo que les puede pasar por meterse en argüendes? ‘Aguas’ con eso, muchachos—nos decían con una sonrisa los profesores.

Con el paso de los meses, el tema se volvió prohibido en la secundaria. Sé por comentarios de mi hermana menor que todavía los alumnos le dedican un altar al chico cada día de muertos, a pesar de que les han dicho muchas veces que ya no es necesario recordar ese tema.

—Se llamaba Jonathan —me dijo mi hermana tras ver por casualidad mis mensajes con Manuel. —Me sorprende que no se acuerden.

Era cierto. No recordamos su nombre, ni su cara, ni sus gritos, ni su sangre manchando la acera. Nada. Sólo recordamos lo que sucedió alrededor de él; cómo huyó su asesino, las vendedoras llamando a la ambulancia,



el enojo de sus amigos al ver que la escuela los abandonaba a su suerte. Pero no a él. No recordamos los últimos minutos de Jonathan, si acaso logró decir algo antes de morir.

Recordamos nuestro miedo, pero no el suyo.

Ahora que somos adultos, es el doble de difícil hablar del tema por esa misma razón, porque en el fondo sabemos que sí lo recordamos, pero seguimos siendo aquellos niños que únicamente querían olvidar ese día. Somos adultos cobardes que no les gusta hablar de eso.